

## La carga de mi conciencia

Las farolas que iluminaban la fachada del hotel de la Opera no eran las mismas que hacía veinte años, ni siquiera la calle se parecía. Hasta los colores de las banderas que pendían anémicas en los mástiles de la entrada habían variado, sin embargo, para mí, cada día de esos años acrecentaba más la carga insoportable de mi conciencia.

Cada aniversario de mi huida de aquel lugar lo pasaba durmiendo gracias a los somníferos que me evitaban revivirla. El resto del año malvivía con el recuerdo de las farolas mortecinas de la calle desierta.

Conocí a Gregory en la tienda de Cavalli mientras sostenía en mis manos un vestido estampado que podía hacer juego con sus ojos. Vestía de negro, incluida la camisa y la corbata, lo que contrastaba con su piel dorada. Lo tomé por un empleado cuando, con una sonrisa, me sugirió que me probara el vestido. «Se ha diseñado para ti», afirmó, acudiendo al tuteo, a pesar de ser la primera vez que me veía y de los muchos años que le llevaba. Me acompañó al probador y me ayudó a prescindir del sombrero, del foulard y del abrigo. Al bajarme la cremallera de mi falda se dio la vuelta para dejarme sola. Le rogué que se quedara para el supuesto de una compostura. Luego, al pensar en mi excusa tan pueril, me reía mientras le esperaba en el *bistró* que me había indicado para tomar una copa. No me quedé el vestido. Sabía que diría que solo a mí podía sentarme bien después de repasarlo sobre mi cuerpo con manos expertas. No me importaba que mintiera mientras me sintiera halagada por su mirada ferviente y sus palabras zalameras.

Apenas llegó oliendo a hombre recién perfumado me confesó que no trabajaba en Cavalli, sino que diseñaba fragancias. Lo rubricó con un frasquito de

cristal tallado de una firma extraña que puso en mi mano con un exceso de galantería al llevarla a sus labios. No quise indagar más. Si tampoco era verdad, merecía serlo, y, de cualquier manera, lo consideraba una historia envidiable de la que presumir entre mis amigas, a la vuelta del viaje de negocios a París, en el que acompañaba a mi marido. Me dejó en el hotel, próximo a Trocadero, insistiendo en que me divirtiera a la vista de los escaparates de las tiendas de Vandome.

Gregory no me dejó pagar las copas de *beaujolois* con que escoltamos los quesos, hasta que comprobó con aparente bochorno que se había dejado el dinero en el hotel de la Opera, donde se hospedaba, según dijo, cuando venía a París. Por supuesto también pagué las que nos tomamos después, en un camaranchón de la margen izquierda del río. En compensación, me propuso tomar, a su cargo, la última en su hotel. Era divertido. El alcohol, sus ademanes elegantes además de sus ojos de ensueño, me llevaron a aceptar su oferta indecorosa.

Un ujier relamido lo recibió con un saludo familiar. En la cafetería, antes de disculparse por tener que ausentarse unos minutos, me acercó, galante, la silla para que me sentara. A su vuelta, como si algo hubiera cambiado, se inclinó para decirme al oído: «En mi “suite” será más placentero». Sus ojos brillaban con un reflejo de los míos. Se quitó la chaqueta y los zapatos, sugirió que me pusiera cómoda y abrió una botella de champán. Luego puso sobre la mesa una papelina con un pellizco de nieve. Opté por beber tan solo. Volvió del baño con una jeringuilla riendo al contemplar mi asombro. Se remangó la camisa. Se pinchó sin que me diera tiempo a decir una sola palabra. Inesperadamente se desplomó sobre la cama con la jeringuilla clavada en su brazo acribillado. Dejé la copa, me puse los zapatos, tomé el abrigo y el sombrero y abandoné la *suite*, presa de

pánico. El ujier me preguntó si quería un taxi. Embozada en el abrigo y el sombrero negué con la cabeza y anduve deprisa bajo la luz lívida de las farolas. Tomé un taxi en la esquina y me escondí en mi hotel al que llegué despavorida. Mi marido no había llegado. Me desmaquillé a toda prisa y me metí en la cama. A la mañana siguiente, mientras desayunábamos ojeé con tal obsesión el periódico que llamó su atención. Me excusé con torpeza, y aunque no ponía nada ya no salí del hotel en todo el día.

Después de veinte años de vivir con mala conciencia, volví al hotel de la Opera (quizás porque el criminal siempre vuelve al escenario de su crimen) y reservé la misma *suite* en la que dejé morir a Gregory para no ponerme en evidencia. No iba a quedarme, debía volver con mi marido a nuestro hotel, pero quería pasar unas horas allí. Deseaba enfrentarme, entre aquellas paredes, al pasado que no me dejaba dormir.

Nada era lo mismo, ni las farolas de la fachada, ni las banderas, ni el ujier de la puerta, solo la bruma que emanaba del río. Me desprendí del sombrero y del abrigo. Pedí, no sé por qué, una botella de champán al servicio de habitaciones. Llamaron a la puerta, entró el camarero y me cayó el foulard al suelo. Me sirvió la copa y le invité a que bebiera conmigo. Se excusó, pero le insistí. «No puedo, señora» dijo. «Le está prohibido al servicio». «¿Desde cuándo trabaja aquí?» pregunté. «Veintidós años exactamente, señora». «¿Entonces, sabrá decirme si hace veinte años ocurrió alguna desgracia en esta habitación?» «Lo siento, señora, no sé de qué me habla» «Gracias, Gregory», le dije al tiempo que le daba una propina de veinte euros. No se sorprendió. Su nombre se leía en la chapa que colgaba de la solapa de su chaqueta.

Al abandonar el hotel, lo mismo que aquella noche de hacía veinte años, una luna incipiente y la bruma que ascendía del Sena hacía superfluas las farolas, tanto como la carga de mi conciencia.

Seudónimo: CAVALLI